

**Un día importante**  
**Por Ana Sofía Meraz Riestra**

Una mano femenina sacude cuidadosamente al bulto en la cama. A fin de cuentas, es hora de despertarse.

— Caro... — es casi un suspiro, completamente inaudible para la niña en la cama.

La niña abre lentamente los ojos, realizando una seña con sus manos para demostrar que estaba despierta. Su madre da un suspiro, sonriendo para ella misma y diciendo con voz tierna.

— Buenos días cariño.

Carolina no contesta, demasiado adormilada para formular pensamientos coherentes. Las manos cariñosas de su madre eran familiares, despertándola suavemente para el día que estuvo esperando toda su vida.

Con un beso en la frente, su madre se dirige hacia el interruptor de la luz, iluminando en un segundo la habitación. Carolina se incorpora de golpe, con una sonrisa en la cara y pasos apresurados, corre por su habitación buscando su ropa. Su madre solo puede dar un suspiro antes de desaparecer y preparar el desayuno.

En pocos minutos Caro está bajando las escaleras con su mochila colgada en el hombro. Estaba ansiosa por su cita en la tarde, lástima que para llegar a eso tenía que pasar por un aburrido día de escuela. Se sentó frente a su madre, con un plato de cereales sobre la mesa.

— ¿Emocionada? — Su madre pregunta expectante, una gran sonrisa en su cara.

Caro sólo puede asentir, devorando lo más rápido posible el plato frente a ella, manteniendo contacto visual en todo momento.

Al terminar el desayuno, madre e hija salen a la calle, abordan el auto y manejaron hasta el colegio de Carolina. La distancia no es ninguna broma, levantarse a las cinco de la mañana, para llegar al colegio a las ocho. Lo que normalmente es una rutina agobiante, pasa a segundo plano al pensar en su plan para esta tarde. Una sonrisa permanente se aloja en la cara de la niña, imperturbable durante todo el transcurso.

Llega a tiempo a su escuela, se baja ansiosa por estirar las piernas. Entrando a la instalación se encuentra con sus amigos, saludándose entre ellos. A pesar del gran día por delante, la escuela siempre es lo primero.

La maestra no tarda en entrar al aula, apagando y prendiendo las luces para llamar la atención de todos sin tener que alzar la voz. Cómo si se tratara de un reloj suizo, todas las cabezas de los alumnos voltearon al mismo tiempo hacia la recién llegada. Listos para empezar su clase.

Carolina odia la escuela, siente que el modelo educativo es el problema. No puede evitarlo, se distrae unos segundos para intentar copiar todo en su libreta y cuando vuelve a levantar la mirada se perdió toda la explicación de la maestra. Es imposible. Anota cosas que no entiende para luego perderse el significado y reprobar los exámenes.

Sin embargo, es normal, todos en el aula tienen el mismo problema. No pueden copiar y poner atención al mismo tiempo y cuando preguntan a la maestra se repite una y otra vez el mismo problema. “Hoy va a ser mejor” se dice para ella misma “Solo termina de copiar esto y luego lo entenderás”. La escuela se resume a eso, copiar desesperadamente mientras intenta entender entre los pequeños momentos en los que levanta la cabeza.

El receso es más divertido, les cuenta a sus compañeros lo emocionada que está por su cita, como piensa que después de esto su vida cambiaría para siempre e incluso solucionaría su problema en la escuela. Sus amigos comparten su emoción, comparten sus experiencias y anécdotas. Esperan con ansias conocer el desenlace de su cita.

La escuela termina temprano, siempre lo hace. Su madre regresa temprano, eso sí es novedad. Debido a la distancia, generalmente se tarda un par de horas en ir a recogerla, ya que en general todo le queda lejos. El conocido Yaris gris se encuentra aparcado afuera de las instalaciones, esperándola con el motor encendido. Sin pensarlo dos veces se sube en el asiento del copiloto. Su madre hablaba por teléfono, demasiado rápido para poder distinguir bien las palabras. Con

una seña algo torpe, debido a que empezó a maniobrar con el volante, señala un papel que se encuentra en el tablero del coche.

“Vamos al banco” seguido de una carita feliz.

Genial, el banco.

Caro espera pacientemente, sentada como estatua en una de las incómodas sillas mientras su madre habla con la bancaria.

Teniendo unas ganas de ir al baño repentinas, Caro se levanta, chocando accidentalmente con una señora alta. Otra clienta. Sobresaltada no sabe muy bien cómo reaccionar, entrando en un breve estado de shock. La señora sin embargo no se lo toma nada bien.

— Estás ciega o que. — Su voz sonó particularmente agresiva en el silencio del banco. Provocando que todos los presentes pusieran su atención a este par.

Caro seguía en trance, por reflejo se disculpó varias veces sin poder ver a la señora a los ojos.

— Y tú qué o qué. Las generaciones de ahora, por ser jóvenes creen que pueden hacer lo que quieran y no les van a decir nada.

Caro estaba cabizbaja, aterrada como un conejo, disculpándose inconscientemente una y otra vez. Sabía que la persona frente a ella estaba enojada pero no entendía porque una disculpa no era suficiente para calmarla.

— Pues no señor, primero este banco de estafadores y luego una niña que se cree la reina del mundo.

Con cada palabra la mujer aumentaba sus ademanes, llegando incluso a golpear con su dedo índice el hombro de Caro. Antes de que su dedo pudiera volver a hacer contacto, otra mano agarró firmemente la muñeca de la señora.

— No se atreva a volver a tocar a mi hija. — dijo su madre entre dientes, apretando más de lo necesario la mano de la señora antes de dejarla ir.

— Usted es la única hipócrita aquí, váyase a desahogarse con alguien a quien le importe.

La señora estaba a punto de volver a hacer una escena, sin embargo, un guardia de seguridad rápidamente la escolta hacia la salida. Se podían escuchar sus insultos y maldiciones alejándose cada vez más. Sin perder más tiempo su madre se arrodilló en el suelo, levantando suavemente el mentón de la niña y acomodando un mechón de pelo detrás de su oreja.

— ¿Estás bien cariño?

Al salir repentinamente de su trance, solo pudo asentir. Ella simplemente estaba confundida debido al repentino ataque. Sin saber mucho qué pasó en verdad salió desconcertada del banco seguida de su madre.

“Todo esto va acabar, todo va a mejorar.”

Ya en el carro poco a poco fue recuperando el ánimo. Ahora sí, viene el momento que estaba esperando. Llegaron al hospital puntualmente, el camino rápido y sin más percances. Todo el proceso, desde la entrada al edificio hacia el quirófano pasó demasiado rápido. Doctores hablando con terminología complicada y sonrisas sinceras. Seguir las indicaciones y moverse por el laberinto de habitaciones, cambiarse a la bata requerida para la cirugía, despedir a su madre con lágrimas en los ojos.

“Todo va a estar bien, tranquila, respira”

La cirugía acabó en un parpadeo, literalmente. Un segundo estaba despierta sobre la camilla y al siguiente tenía un dolor en el cráneo alarmante. Simbolizando que el efecto de la anestesia se agotaba poco a poco. En poco tiempo fue dada de alta. Descanso durante una semana y volvió a sus actividades diarias. Sin embargo, el dolor seguía siendo intenso, recordando una y otra vez que solo era cuestión de tiempo para que pasara.

Pasaron los días, pasaron las semanas. Con mucho esfuerzo y algo de dolor el mes de espera infinita terminó. Volvió al hospital a primera hora de la mañana, brincando de arriba a abajo y jalando la mano de su madre con emoción hacia el edificio.

El doctor a cargo se veía amigable, algo viejo y sus patas de gallo dejaban ver el fantasma de una cálida sonrisa. Después de presentarse rápidamente y al ver a la expectante niña no demoró más su labor.

Con dedos hábiles conecto el procesador a su implante, acomodándolo cómodamente en la oreja de la niña mientras encendía y ajustaba el aparato. Su madre se aferraba al asiento, mirando con ojos intensos las manos del doctor.

El especialista asintió, haciendo contacto visual con su madre. La tensión en el aire era palpable. Su madre tragó saliva, teniendo la boca repentinamente seca. Intentando contener el temblor de sus manos se acercó hacia su niña, arrodillándose frente a la silla. La niña la miraba curiosa, expectante. Volvió a tragar saliva, con ojos llorosos y manos temblorosas, dirigió la mano de su hija hacia su cuello. Intento hablar pese al nudo en su garganta.

— ¿Caro?...

— Buenos días cariño...

— ¿Puedes oírme?

Las vibraciones pasaron desde las cuerdas vocales de su madre hacia los diminutos dedos de su hija, resonando por todo su cuerpo. El sonido desconocido inunda su cerebro, Carolina no pudo hacer otra cosa más que romper en llanto mientras asentía lentamente. Abrazándola con firmeza, escondiendo su rostro en su cuello, empapando su camisa. Su madre no pudo soportar más, rompiendo en llanto poco después.

— Te amo, mi pequeña.

Podría no entender las palabras que salían de su boca, pero podía escucharlas. Escuchar la ternura de su madre, escuchar la alarma de su despertador, escuchar la risa de sus amigos.

Podría no entender las palabras, pero sí podía escucharlas. Escuchar la ternura que cargan, el amor que le transmiten. El llanto de Caro no hizo más que aumentar, sabiendo que con más terapias y práctica podría entenderle a su madre sin tener que leer sus labios.